

EL "LOBO" (CREPUSCULAR) DE LA SEMANA

DON GONZALO FERNANDEZ

La protesta de Caperucita

EMPIEZA diciendo don Gonzalo en uno de sus últimos sonetos en prosa: «No puedo aceptar el postulado veteromarxista...» Hombre, don Gonzalo, sin faltar, así no, que nosotros no le hemos hecho nada a usted.

Un poco de modales, don Gonzalo, que ha sido usted ministro y diplomático y filósofo y hasta me parece que de la Peña Valentín. Lo de veteromarxista nos ha dolido, se lo prometo, aquí a los que vamos y las que vamos de rojo, una misma, que por algo le dicen a una,

en su sencillez, Caperucita la Roja, aunque la abuelita se cree que es por la caperuza, que me hizo ella de lana de pingouin y dice que a punto estuvo de elegir la madeja azul celeste. Pero ya no tiene remedio.

¿Y qué le han hecho a usted los señores Adorno, Marcuse, Reich, Garaudy, Merleau-Ponty, Carrillo y Hegel para que los llame veteromarxistas, que suena casi como una enfermedad venérea? El más vétero o vetero debe ser Hegel, un marxista que viene de antes de Marx. Pero por lo que se refiere a los



otros, me parece que usted no va a encontrar nunca en la Palabra Culta y Buenas Costumbres, ni siquiera en Amigos de la Capa. Que palabra, don Gonzalo. Le he preguntado a la abuelita a ver qué es eso de veteromarxista, y ella ha sacado al amante rojo que tiene en el armario desde la guerra, en plan cárcel del pueblo, y el rojo ha salido cantando Mi jaca galopa y corta el viento, que era lo que cantaban en Brunete, y ha dicho que, por sus diccionarios de la Institución Libre de Enseñanza (una cosa que había entonces), eso debe venir de veterano, y que entonces él es un veteromarxista, y que usted a él no le insulta, que usted es un ultra y un carca y un reaccionario y un ex-ministrable y un doctrinario de derechas, cosa ociosa si las hay, pues está claro que la derecha no necesita ni ha necesitado nunca doctrina.

Dicho esto, el rojo se ha vuelto al armario, no sin antes hacernos un menage a trois a la abuelita y a mí, que ya nos iba haciendo falta, que aquí en el bosque no te comes un rosco y menos desde que al lobo lo han empapelado y anda en pleitos como si fuera Moreno Galván, y ya más que un lobo parece un Tácito asilvestrado. ■ U.

La reg de la a

ANDA, anda, Gonzalito, deja de extasiarte ante el crepúsculo que en Flandes ya se ha puesto el sol. No me almibares las romanzas cubiertas de polilla, hijo, ni me acidules las constituyentes esas que dice don Joaquinito Garrigues, que es alguien en la derecha, me parece a mí, y de la reconciliación con jarabe de palo no quiere saber nada. ¡Pero qué rico es mi Gonzalito, madre, que me lo como! Si es como un Cánovas vestido de terciopelo diplomático, como un margrave orondo y «maeztuoso», porque ya sabemos que ser es defenderse, hijo, que le vas a decir a la abuelita que ha tenido que sacar adelante a la Caperuza y al lobo, y con este reuma ideológico que me tiene en un grito subversivo. Que no das bien en la tele, Gonza, que antes cuando eras monárquico de don Juan dabas mejor, que me lo ha dicho el señor Iñigo. Que sí, hombre, que sí, que todos los europeos están en los antipodas de la imparcialidad mientras que los vencedores venga a organizar homenajes a los poetas de los vencidos. Y mira que hace falta magnanimidad para organizar homenajes a Lorca, Antonio Machado, Alberti, Cernuda, Guillén, Vallejo, y dejar en la estacada a Rafael Duyós. Si es que no hay sindéresis, es que la gente no distingue, hijo, qué quieres, ya ni se llora con Quintero, León y Quiroga. ¡Ay, Gonzalín, hijo! Pensar que cuando tu escribiste «La crisis del elogio» te vi prácticamente en la mazmorra fría, que me pareciste como ilegal, de lo guapo que estabas, y que ahora me salgas con eso de que eres protagonista del triunfo absoluto. Venga, deja de reconci-





ANDEZ DE LA MORA

añina buelita

liarte, que te van a hinchar un ojo, que luego me sales con que estaba crudo y no coció. ¡Que ya sé que eres evolucionista - mecanicista, hombre, por Dios, pero que me



vas a decir a mí! La cosa de la compulsión repetitiva y al rojo tipificado garrotazo equivalente en plan continuismo como valoración crítica y a manera de episodio ancilar. Leche, pero si es lo que yo digo. Anda, Gonzalín, entra, que te vas a enfriar con el relente, que te digo que hoy no se pone el sol de Flandes, no te preocupes. Entra y no me seas patógeno, no me pongas en la tesisura acrítica de llamar a don Julián Marías y que te casque un postulado. ¡Que a ese no le pegues, que es don Jesús Suevos! ¡Ay santo fuerte, santo inmortal! Claro, con tanto crepúsculo no se ve nada. ■ L.

La perdigonada del cazador

ESTE filósofo rancio que ha llegado incluso a ministro de Obras Públicas a través del Criterio de Balmes últimamente, haciendo uso de la violencia legítima, está empeñado en la ruda tarea de querer reconciliar a todos los españoles y de paso solucionar los males de Occidente. La cosa se presenta difícil mas al parecer el inclito polemista tiene para estos graves problemas una buena solución: se trata de un jarabe de palo compuesto de filosofía perenne al ajillo, mucha policía con casco y obras de cemento armado que él mismo en persona ofrece gratuitamente en raciones por medio del diario ABC. Para que esta dieta sea positiva don Gonzalo Fernández de la Mora sólo impone una condición: que todos le creamos. Si se quiere que el invento salga bien los españoles tenemos la obligación de creer que la democracia del siglo XIX está ya superada pero que la teocracia del siglo XVI sigue vigente, que Sartre está muerto pero que Donoso Cortés permanece vivo, que Vázquez de Mella era un genio y que Pablo Iglesias estaba resentido, que la izquierda es zafia e idiota y que la derecha es inteligente y productiva, que el liberalismo es una doctrina fenecida y que el absolutismo es una postura nueva y creadora, que Rousseau era más bien tonto y que Luis XV era clarividente, que Ramiro de Maeztu era un filósofo insigne y que Antonio Machado era un poeta de juegos florales. Y todo lo demás así de fácil. Si los españoles nos tapamos la nariz, abrimos la boca y aceptamos con buen ánimo que Don Gonzalo nos meta

hasta la campanilla del gañote una cucharada sopera de este jarabe medieval entonces la situación puede cambiar de repente: los españoles nos uniremos todos en apretado abrazo bajo la sombra de la Santa Hermandad y obtendremos como premio que nuestras ideologías disolventes se conviertan en fábricas de portland.

Incluso hay más. Si estamos dispuestos a someternos sin rechistar a una autoridad absoluta de derechas aderezada con escolástica los españoles nos podremos convertir todos en élite, en hombres ejemplares, en minoría selecta de modo que nos vamos a alimentar con los conceptos sagrados de patria, lealtad, obediencia, heroísmo y amor. Claro está que pertenecer a este club

cuesta una pasta, o sea, un dinero largo pero eso no es problema. Eso también lo tiene previsto y solucionado Don Gonzalo en su teoría de la violencia legítima: se coge a los demoliberales, a los marxistas y a los judeo-masones y demás ralea que no pueda, no deba o no quiera pertenecer a la raza superior de los españoles y a garrotazos se la obliga a trabajar en las fábricas, en las minas, en los pantanos, en las autopistas y en las centrales eléctricas con objeto de introducir el reinado tomista-social del Estado de Obras. Si Don Gonzalo Fernández de la Mora sigue hilando su canutillo reaccionario y se cumplieran sus designios sin duda Pinochet nos mandaría un telegrama de felicitación. Eso sería un gran honor. Creo que es para pensarlo. ■ V.

